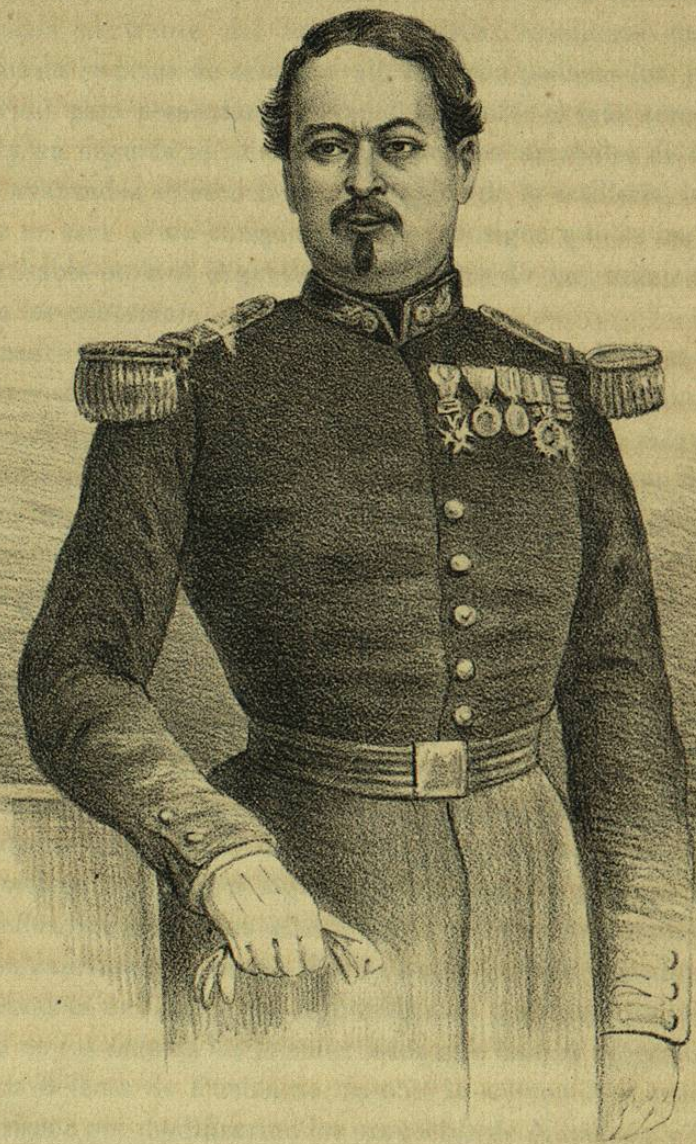


gado accidentalmente del mando en jefe del ejército del Centro, por ausencia del general Comonfort, en la que decía que dicho ejército no podía auxiliar la salida del que defendía la plaza. La carta estaba fechada el 14 de Mayo, pero el correo que la llevó no logró penetrar á Puebla hasta aquella noche. Decía el general Yáñez, que las tropas que mandaba no habían restablecido su moral hasta el grado de poder entrar en combate y que además ya no era tiempo de emprender movimiento alguno.

Después del impetuoso ataque á Santa Inés, se detuvo Forey y reunió una junta de guerra para investigar cuidadosamente las causas que impedían obtener éxito en las operaciones militares y la manera de contrariar el mal. La mayoría fué de parecer que se prescindiera de atacar á viva fuerza las manzanas fortificadas, donde sufrían graves pérdidas sin resultado favorable; se pensó en penetrar rápidamente hasta San Agustín y se presentaba naturalmente la idea de operar por medio de minas; pero se encontró que la roca estaba á cincuenta centímetros bajo del suelo y fué preciso buscar otra combinación. Ya desde que fué tomada la Penitenciaría, había querido Forey atacar el Carmen en dos direcciones para dividir la atención y la fuerza de los sitiados, y como las provisiones se habían aumentado desde que fué alejado el ejército de Comonfort, se creyó practicable la operación; para ello debía ántes ser tomado el fuerte de Teotimehuacan que dominaba y flanqueaba el Carmen que por consiguiente quedaba en una posición difícil. Los días 10 y 11 fueron dedicados á los preparativos necesarios; el 12 á las oraciones estaba trazada la primera paralela y haciendo fuego las baterías de la izquierda para llamar la atención de los sitiados que el día 13, á las siete de la mañana, hacían una salida por el fuerte de Teotimehuacan cargando vigorosamente sobre la paralela; pero recibidos por nutrido fuego tuvieron que retroceder. Los sitiadores completaron la paralela y quedaron espeditas las comunicaciones entre el molino de Guadalupe y la garita de San Baltazar. La artillería comenzó sus baterías y hubo un armisticio para levantar los muertos frente á Teotimehuacan; el siguiente día 15 tomaron los franceses el rancho de la Magdalena y los sitiados hicieron en vano una salida para recobrarlo.

El día 16 á las seis de la mañana, todas las baterías rompieron el fuego por el frente de ataque de Teotimehuacan y algunas arrojaban sus proyectiles al Carmen y á la vez que á la ciudad; los sitiados contestaban con energía; pero los fuegos convergentes y bien dirigidos les causaban mucho mal. En el parte que Forey dirigió á su gobierno, dijo que ya desde el día 14 se le había iniciado confidencialmente una capitulación por medio de un ayudante de campo del general G. Ortega, pero que el general francés pidió proposiciones categóricas escritas; que el día 16, después de medio día llegó de parlamentario el general Mendoza, con los poderes necesarios para tratar de un armisticio y proponer verbalmente las bases de una capitulación; Forey rehusó absolutamente suspender las operaciones y rechazó la proposición de que salieran los sitiados con armas y bagajes y una parte de la artillería de campaña rumbo á México y con los honores de la guerra, concediéndoles únicamente éstos honores, pero la guarnición desfilaría ante el ejército francés,



*Isidoro-Theódulo Garnier, Coronel
del 51 de línea.*

Hizo la campaña en Africa, donde obtuvo la Cruz de Caballero de la Legión de Honor; en Crimea, militando á las órdenes del General Forey, fué ascendido á Comandante de Batallón. Incorporado á la Brigada del General Bérthier, avanzó de Veracruz para el centro de la República por el rumbo de Jalapa. En el sitio de Puebla y á las órdenes del General Bazaine, condujo una columna de asalto sobre el Fuerte de la Penitenciaría el 29 de Marzo, del que se apoderaron después de sangriento combate, en el que fué herido el Coronel Garnier, atravesándole una bala la parte superior del brazo derecho hasta detenerse en la espina dorsal.

depondría las armas y se entregaría prisionera de guerra; el parlamentario fué despedido y se le encargó dijese al general Ortega que remitiera proposiciones escritas. Durante la noche rompieron los sitiados sus armas, descureñaron los cañones, quedaron destruidas la mayor parte de las municiones y el general Ortega puso la plaza á la disposición de Forey.

A la hora fijada en la orden del día, rompieron los soldados sus armas sobre los parapetos y murallas al frente del enemigo; otros batallones marcharon en formación regular hasta la plaza de armas y allí hicieron pedazos los rifles y fusiles que les habían servido para presentarse invencibles ante el más acreditado de los ejércitos europeos, y en seguida se diseminaban por los arrabales de la ciudad. En los fuertes y líneas avanzadas se escuchó el estampido de la artillería, lo que indicaba que los soldados de esta arma cumplían con la consigna que se les había dado. Los polvorines que había en San Agustín, y los restos de las municiones volaron con los edificios que las contenían.

Aquel lúgubre cuadro fué alumbrado por las primeras luces de la mañana del día 17; presentabase á la vista del ejército sitiado, que era testigo de la ruina de la plaza causada por los mismos que con tanta energía la habían defendido. Algunos soldados franceses que estaban á pocos metros de las obras de defensa, hicieron notar á los jefes y oficiales, el que los mexicanos estaban rompiendo sus armas y se les contestó que dejaran á los defensores de la plaza hacer lo que creyeran más conveniente al honor militar. Varios grupos de jefes y oficiales llegaron á palacio armados con rifles, pero los rompieron viendo que otros de sus compañeros solamente tenían espadas y distintivos militares.

Los repuestos de municiones acababan de saltar y el pabellón parlamentario aparecía en las torres de la catedral. El ejército mexicano había cumplido valerosamente con su deber y quedaba probado en la defensa de Puebla, que eran vanas ilusiones las esperanzas concebidas acerca del fin de la guerra y de los proyectos para dar á México un gobierno monárquico. Parece lógico que teniendo el príncipe Maximiliano, como Napoleón y todos sus consejeros alto interés en los sucesos mexicanos, hubieran estudiado detenidamente lo que en Puebla había pasado y dedujeran las conclusiones que se derivaban de hechos tan significativos; pero nada de esto hubo; continuaron dominando en los ánimos las mismas ideas que habían determinado y sostenido la expedición; la defensa de Puebla no cambió lo convenido y cual si nada hubiera pasado, subsistieron sin modificación los proyectos de Napoleón y las ideas más ó menos nobles de Maximiliano de Hapsburgo.

La prensa y el ejército franceses calificaron por su parte de gran significación los resultados morales y materiales de la rendición: quedaba vengada la derrota del 5 de Mayo de 1862, y México había perdido un ejército: mil doscientos jefes y oficiales, y con ellos los generales que habían rehusado firmar el compromiso de no volver á servir contra los franceses en la guerra actual, serian embarcados para la Martinica ó para Francia; y las tropas de Márquez se aumentarían con los soldados prisioneros.

Entraron primero á Puebla las fuerzas de este general y cometieron tropelías y excesos hasta las diez de la mañana, á cuya hora llegaron los gendarmes franceses, quienes despues de contener á los de Márquez, rodearon el Palacio y recibieron la lista de los rendidos. Se presentó Forey y les exigió que diesen palabra de honor de no volver á tomar las armas contra la Francia y al rehusarse, los declaró prisioneros de guerra. En un solo cuartel se alojaron el 51 y 99 de línea. Quedaron reducidos á prisión 29 generales y 1200 jefes y oficiales; los soldados fueron buscados y reunidos desde luego 4,500 quedaron incorporados á las fuerzas de Márquez. De esos generales se fugaron Porfirio Diaz, Berriozabal, Caamaño, Antillón, Pinzón, no habiéndose entregado prisioneros los de igual clase Negrete y Ghilardi; los restantes, 23 generales y 1134 jefes y oficiales salieron el día 21 con dirección á Orizaba, custodiados por los turcos, yendo los generales en coche y los demás á pié.

Fué enviado el coronel Maneque, segundo jefe de Estado Mayor, á ocupar la plaza con el primer batallón de cazadores á pié al mando del coronel de Courcy, y además un pelotón de húsares. Las tropas francesas continuaron acuartelándose y el día 19 á las once de la mañana hizo su entrada el general Forey, saludado con una salva de ciento un cañonazos.

Posesionado el general Forey de la plaza de Puebla, no quedó á los que habian opuesto al invasor tan heroica resistencia, otro recurso que esperar la voluntad del jefe sitiador, quien pocos días despues de la ocupación, presentó algunas condiciones para restituir la libertad á los prisioneros; pero estos se negaron á aceptarlas manifestando que volverían á empuñar las armas tan luego que les fuera posible hacerlo. Tal repuesta dió por resultado que Forey resolviera el envío de jefes y oficiales á Francia. Organizada la marcha se emprendió el viaje á Veracruz, con la respectiva escolta.

El Monitor Franco-mexicano, habló de existencias de viveres y parque hallados, y dió por causa del desenlace, el convencimiento de que terminadas ya las obras de sitio, Puebla iba á ser asaltada y tomada á la bayoneta. De las tropas prisioneras, una parte pasó á las filas de la fuerza de Márquez, otra fué destinada al aseo y reparación de las calles, cierto número enviado á los trabajos del ferrocarril de Veracruz, pagándole jornal, y el resto quedó en libertad. Parte de los franceses con fuerzas de Márquez penetraron á Puebla, los demás quedaron acampados afuera permaneciendo Forey algunos días en el Cerro de San Juan y cuando entró á esa ciudad fué bien recibido y agasajado por el clero. Forey resolvió establecer en Puebla un ayuntamiento y nombró al Sr. Pardo prefecto de la ciudad.

Los generales prisioneros en Puebla siguieron evadiéndose así como los oficiales; estos fueron conducidos á pié rumbo á Veracruz custodiados por fuerzas francesas; diez y ocho generales iban en carruaje; en Orizaba se fugaron González Ortega, La Llave y Patoni que se dirigieron al interior pasando por Pachuca, auxiliándoles para la fuga algunas señoras. En el camino para San Luis Potosí se sublevó por robar el dinero que llevaban, cerca de San Felipe, la fuerza que los escoltaba y en la

lucha que siguió fué gravemente herido el general La Llave, que á poco murió. González Ortega siguió de San Luis para Zacatecas.

Los siguientes generales fueron en carruajes: Gonzalez Ortega, Paz, Alatorre, La Llave, Garcia, Huerta, Mejía, Mora, Hinojosa, Patoni, Colombres, Gayosso, Osorio, Loera, Lamadrid, Prieto, Mendoza, Rojo y los coroneles Sanchez, Rioseco, Cosío y Auza. Los oficiales no quisieron recibir auxilio alguno y un grupo de ellos se sublevó en el camino contra la escolta que los custodiaba, desarmaron á algunos soldados y lograron fugarse ochenta y cuatro, habiendo quedado muertos dos. Antes de salir de Puebla los generales, Forey les hizo muchas instancias para que firmaran la protesta de permanecer neutrales durante la guerra, y nuevamente se negaron á contraer ni el menor compromiso.

Forey dijo que en cualquier punto de Europa, un ejército que se hubiera conducido como el que defendió á Puebla, no habria tenido inconveniente en capitular; se admiró de que la población hubiera consentido en que se prolongara tanto la defensa, y preguntó á los generales La Llave y Patoni por el general Negrete, al que deseaba conocer. Hizo una visita al general Gonzalez Ortega y cuando este fué á pagarsela al cerro de San Juan, le recibieron entre valla, le tocaron marcha y le hicieron todos los honores de su rango, tratándole los oficiales del Estado Mayor de Forey con exquisita cortesía. La conversación fué larga; Forey se empeñó en probar que las miras de su emperador no eran las de conquista, y que sabia por sí propio pacificar el país; Gonzalez Ortega rechazó enérgicamente algunas insinuaciones y anunció á Forey que entonces comenzaba la guerra. Los soldados que se negaron á ingresar en las fuerzas de Márquez fueron enviados á trabajar al ferrocarril y otros empleados en destruir las fortificaciones.

Los sitiadores sostuvieron, que Puebla habria caído necesariamente desde que, perdida la esperanza de auxilio con la derrota de Comonfort, se abrieron las paralelas frente al fuerte de Teotimehuacan, por cuyo lado pensaba G. Ortega haber rompido la línea, y que cuando al amanecer del día 16 dirijieron las baterías francesas el fuego sobre toda la parte sur de la ciudad y en particular sobre aquel fuerte, se vió claramente que se iba á verificar el asalto, y que destruido ese obstáculo sería llevado de frente y seguiría sin dificultad por el lado de San Francisco y las avenidas del Carmen, llegando á bayoneta calada hasta el centro de la población.

La defensa de la plaza de Puebla se juzgó por militares inteligentes como un gran error, porque allí se encerraron todas las tropas disciplinadas con que contaba la República, los mejores jefes y oficiales y el armamento todo tanto en fusiles como en cañones. Siendo un axioma el que toda plaza que es sitiada ha de caer en poder de los sitiadores, se calificó de error trascendental el haber reunido todos los recursos de la Nación en un punto, pues que de seguro habrían de caer en poder de los invasores; esos soldados y esos jefes, repartidos en los Estados hubieran dado á la Nación fuerza y energía tales, que habrían impedido á los franceses extenderse y apoderarse de todas las ciudades importantes, y no habria tenido necesidad la Nación de entre-